

# Museo vitivinícola

La pequeña plazoleta Felipe Rutini, en el distrito de Coquimbito, Maipú, es la primera señal ante la que el visitante debe detenerse para torcer luego su marcha hacia Viñas San Felipe. Un trecho corto de tierra abrió paso al visitante para hallar luego lo que busca: la vieja casona estilo colonial pintada de rosa que encierra en su regazo a la colección de piezas más simbólica de la Argentina en lo que hace a nuestro acervo vitivinícola.

Una pesada verja de hierro negro indica el espacio de ingreso al cortijo. Distintos carruajes, como "sulkis", "brecks" y "mariposas", utilizados a principios de siglo por la familia para recorrer la finca, y carros con canecas que eran tiradas en el 1900 por mulas, hoy suplidas por el camión con carpas impermeables revelan su fisonomía particular en el viejo y ancho patio de la bodega donde los carreros se reunían para arreglar cuentas y festejar el fin de la cosecha.

El doctor Rodolfo Reina Rutini, nieto del fundador, nos narra la historia — común a otros inmigrantes — de don Felipe, que llegó a estos parajes en la década del 80. Provenía de una vieja familia de Le Marche (Italia), la antigua Etruria, donde poseía en las laderas de una colina, una parcela con viñedos bordeada con robles. La ambición del joven Rutini por ampliar su horizonte le dirigió a "la América", tierra de promisión.

El flamante licenciado en agricultura, que había obtenido dos años antes su título de la Real Escuela de Ascole Piceno, no solo trajo teorías sino experiencia adquirida en su propia heredad. Tenía recursos propios y un lema que le acompañó a él y a sus generaciones venideras: "Labor y perseverancia". Llegó a Rodeo del Medio, al fundo del general Rufino Ortega donde — según el historiador Edmundo Co-

A escasos quince kilómetros del microcentro de Mendoza se enclava, en una antigua bodega de Coquimbito de fines del siglo pasado, el más representativo museo vitivinícola del país, que atesora en su seno a más de cuatrocientas reliquias entre piezas mayores y menores de nuestro pasado cuyano. Estos testigos de una época que fue y que avivan en el visitante el recuerdo de una raza noble de inmigrantes y criollos, hablan en mudos signos de barro cocido, cuero crudo y maderas de roble de aquel antiguo "vino patero"; del otrora "lunes criollo", de los temblores o de la llegada de la civilización, que con su bagaje de nuevas técnicas, trajo el progreso a esta tierra de promisión. La colección, iniciada por el hijo mayor de siete descendientes de don Felipe Rutini, un inmigrante italiano que arribó a la provincia en 1887, es continuada hoy por su tercera y cuarta generaciones bajo el lema familiar: "Labor et perseverantia", sentencia inscripta en el frente del museo y en distintos lugares de la bodega que rescata memoriosamente la acción de un pionero entre pioneros.

Luego de un corto período de ambientación plantó sus primeros viñedos en el entonces inhóspito Coquimbito del departamento de Maipú. En 1895 construyó el primer cuerpo de la bodega La Rural, fecha que históricamente coincide con el segundo censo nacional de población, que arrojó en Mendoza un total de 4.000 italianos sobre 116.000 habitantes.

Dotó al incipiente establecimiento con vasijas de roble traídas de Nancy, Francia. Allí elaboró las uvas Trebbiano Fiorentino y Sangiovetto Piccolo, de su tierra natal, y las francesas Cabernet y Malveck. Sor-teando al igual que miles de inmigrantes, nativos y criollos, sinsabores, accidentes climáticos y crisis cíclicas, conservó el cariño al cultivo de las vides finas y a la elaboración y cuidado artesanal de sus vinos. Sus siete hijos, varones y mujeres, de los que hoy le sobreviven seis, y sus descendientes continuaron la labor del pionero y ampliaron los viñedos hacia fértiles valles de esta provincia.

El hijo mayor de don Felipe Rutini, Francisco, ac-

compañó a su nieto Rodolfo, alma de la búsqueda, atesoramiento y conservación de 400 reliquias entre piezas mayores y menores de nuestra particular historia de la vitivinicultura. "La vitivinicultura — dice el empresario — va más allá de ser una actividad con fines de lucro exclusivamente. Tiene un arrastre de si-

# Un homenaje a los pioneros de nuestra industria madre

Nosotros sentimos que estamos en algo que tiene alma, no solo turcas".

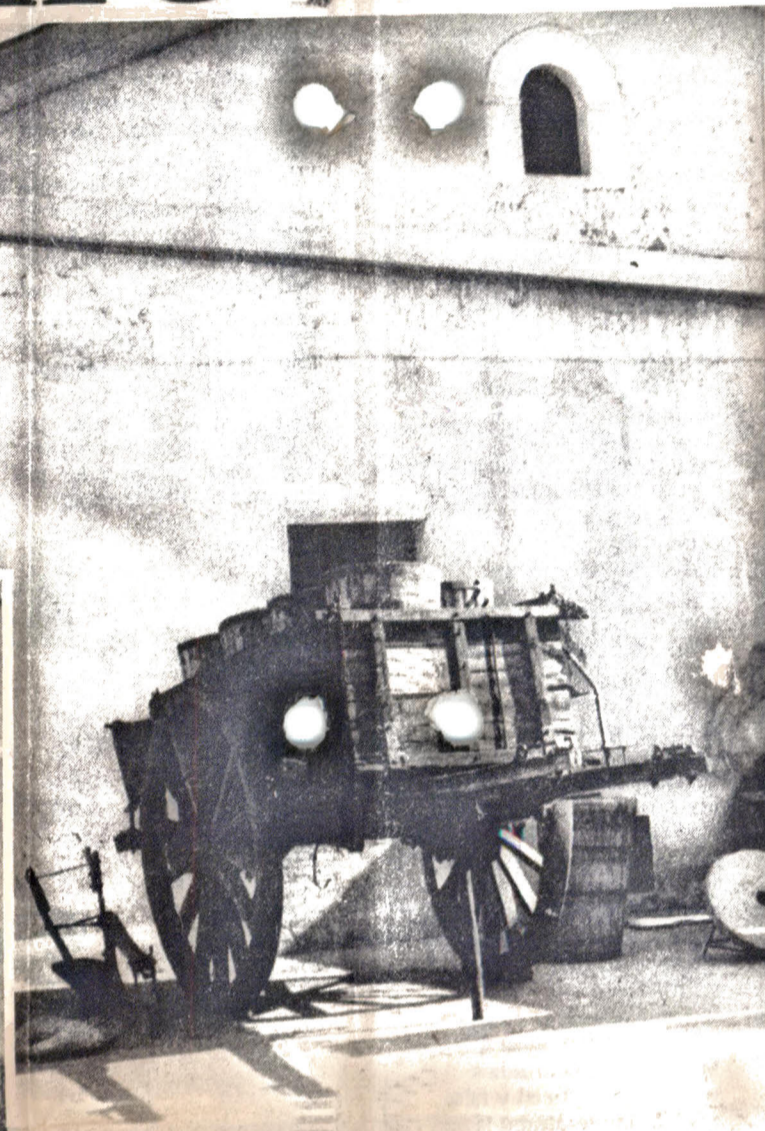
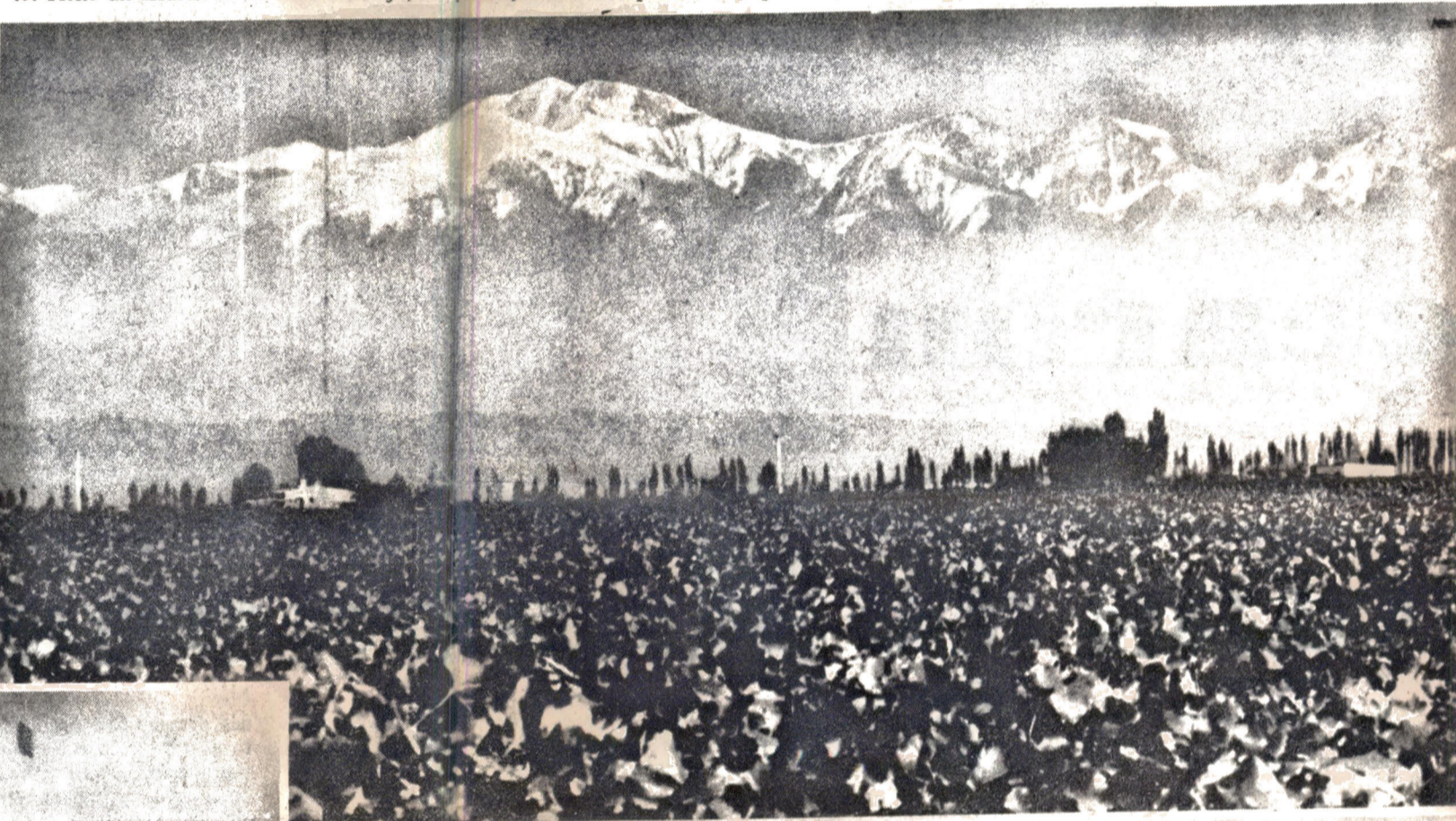
El respeto y la admiración por la obra llevada a cabo por los pioneros primitivos llevó a don Federico Rutini a tratar primero de preservar elementos vinculados con la etapa romántica de la vitivinicultura argentina, es decir aquella que sufre la gran transformación con la llegada del ferrocarril y los inmigrantes, entre 1884 y 1910. Posteriormente surge la idea de reunir todo lo vinculado con sus elementos de trabajo, máquinas y he-

va aún la cola del animal, que oficiaba de caño de descarga. Al verlo cuesta imaginar al criollo que tomado de un lazo — unido a dos horcones — pisaba la uva que contenía el lagar. El hombre prácticamente bailaba con suavidad sobre la uva y el lagar sosteniéndose mientras el mosto pasaba por la cola del animal al noque — balde de cuero — y de allí a las enormes tinajas donde fermentaba.

Pero la pieza más valiosa del museo para su coleccionista es la primera moladora de uvas que usó don Felipe Rutini y que, mane-

brillo de sus bronces y cobre. Tampoco están ajenos los distintos modelos de filtros para vinos, siendo el más antiguo el del año 1897.

A medida que uno avanza en el museo se va introduciendo en distintas etapas de la vitivinicultura, entre ellas aquella del pionero, quien entre mediados y fines del siglo pasado transformó la región cuyana en un emporio vitivinícola. A este pionero ha sido dedicada también una parte del museo, que guarda piezas de uso hogareño y costumbristas. Des-



Uno de los viejos carros que se conservan en el museo.

ría colonial, con cristos y santos de vestir tallado en maderas.

El hombre de campo, estrechamente vinculado al cultivo y transporte de uvas y vinos, tiene también su expresión en el museo a

época dura, de trabajo fuerte, de fe y esperanza.

Un personaje del pasado

El capataz de la tropa — recuerda el doctor Reina

fía suya junto a otros nativos también se encuentra en el museo. "Era un chino grandote — recuerda el empresario — de bigotes abundantes, pañuelo al cuello y levita". "En aquel tiempo — evoca — antes que se inventara el sábado inglés era un poco duro reiniciar las tareas el día lunes ya que el domingo, como era costumbre, entre la gente de campo se festejaba con alguna exageración vónica el éxito de las tareas de la semana. Era el famoso "lunes criollo". Y sobre la cosecha de la vid agregó: "Los carros, las mulas, los carreros con sus aperos enjauzados con espejuelos y una serie de adornos no eran ajenos a la vendimia ya que representaban el único medio posible para transportar las uvas en grandes canecas de madera que llevaban pesados carros, tirados a veces por más de media docena de mulas. Toda esta fiesta de colores, de movimiento, de mulas, de charlas entre carreros y ayudantes, de ruidos de espuelas, y colores de fajas han sido reemplazados hoy por modernos camiones que en un viaje probablemente llevan lo que antes precisaba toda una tropa de carros".

Y a medida que nos adentramos en este museo con historia, y de historia, nuestro pasado se revela a sí mismo en cada una de las piezas. Un antiguo, enorme y panzudo botijón de barro cocido asegurado a la pared con trozos de cuero nos habla del peligro de los temblores y la necesidad que se asegurara su estabilidad.

Maquinas algo más modernas en las que se comenzó a utilizar la fuerza motriz con poleas de madera en la transmisión se emplean en otro sector, en tanto que, enmarcados en una antigua ventana con barrotes de madera, elementos de uso doméstico y herramientas agrícolas vinculadas con la época colonial muestran otra faceta de la actividad vitivinícola.

Al finalizar el recorrido por este museo enclavado en un lugar con mucha historia no se puede dejar de valorar la inquietud del coleccionista y acompañarlo en su expresión de dese-

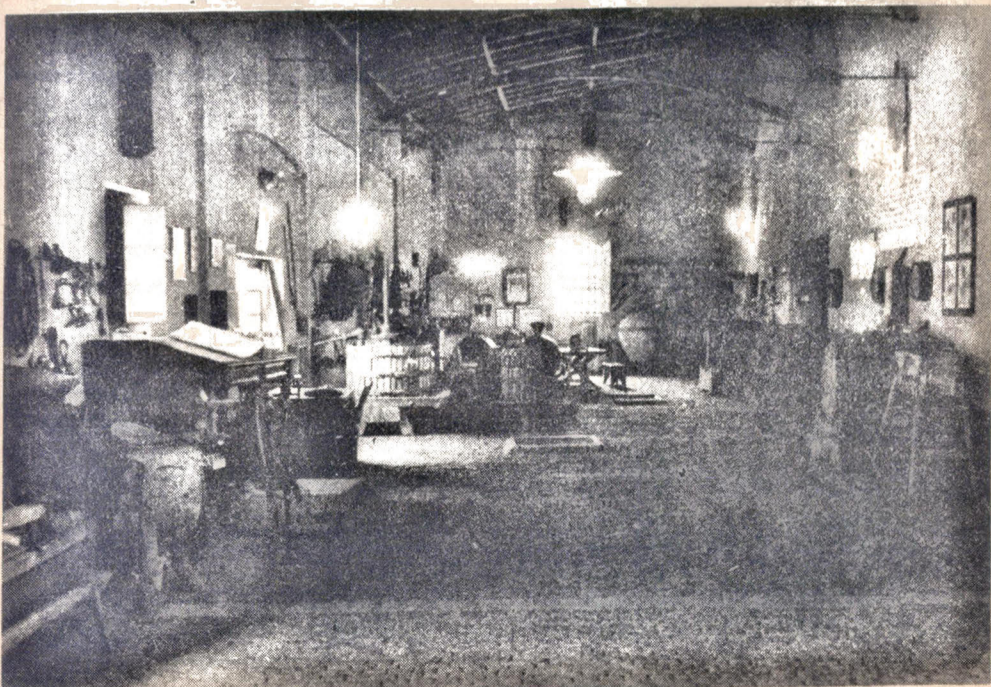


Sector destinado a la tonelería, en la que pueden observarse distintos elementos del pasado vitivinícola.

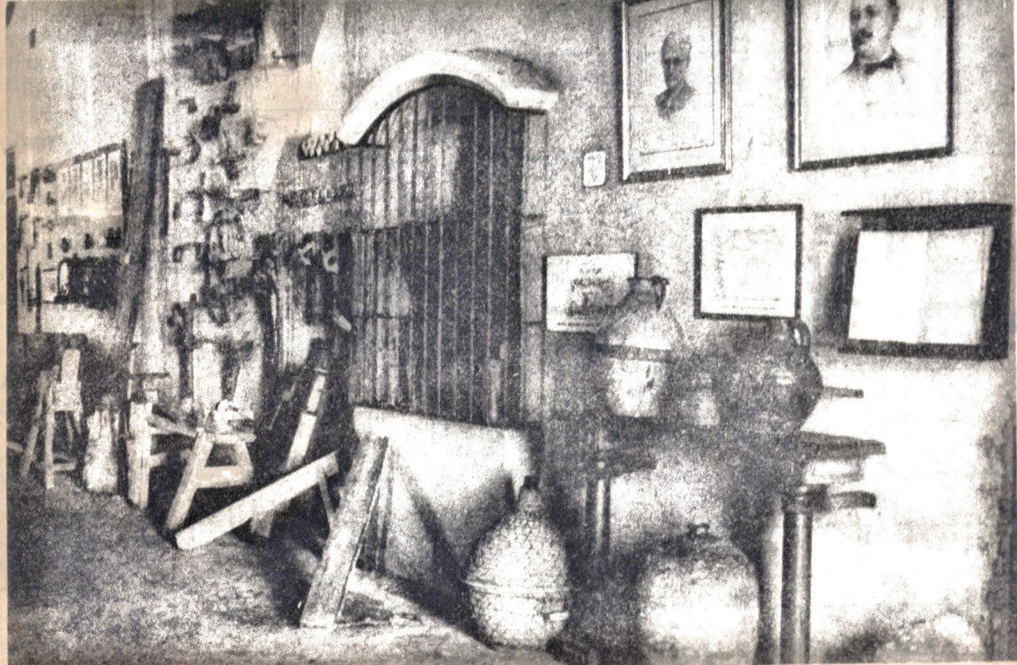
reas — "hay indios mansos traídos del desierto". En el mismo acantonamiento trazó el parque del militar que durante muchos años y hasta en la actualidad fue lugar de recreo pú-

blico. Luego de un corto período de ambientación plantó sus primeros viñedos en el entonces inhóspito Coquimbito del departamento de Maipú. En 1895 construyó el primer cuerpo de la bodega La Rural, fecha que históricamente coincide con el segundo censo nacional de población, que arrojó en Mendoza un total de 4.000 italianos sobre 116.000 habitantes.

Dotó al incipiente establecimiento con vasijas de roble traídas de Nancy, Francia. Allí elaboró las uvas Trebbiano Fiorentino y Sangiovetto Piccolo, de su tierra natal, y las francesas Cabernet y Malveck. Sor-teando al igual que miles de inmigrantes, nativos y criollos, sinsabores, accidentes climáticos y crisis cíclicas, conservó el cariño al cultivo de las vides finas y a la elaboración y cuidado artesanal de sus vinos. Sus siete hijos, varones y mujeres, de los que hoy le sobreviven seis, y sus descendientes continuaron la labor del pionero y ampliaron los viñedos hacia fértiles valles de esta provincia.



Una vista general del salón principal donde se conservan las piezas del museo.



También en la galería se han acumulado piezas de nuestro pasado.

Antiguas pallas donde se preparaba el arrope.

ramientas y con el pasar del tiempo aquella iniciativa se amplió incorporando piezas de la vitivinicultura colonial y su transformación hacia la tecnificación. "Este museo — dice Rodolfo Reina Rutini — no es un homenaje a un solo pionero, sino al pionero en general, que no tiene nacionalidad, ya que lo mismo puede ser un criollo, un francés o un italiano. Es decir, es un homenaje a la obra, al trabajo creativo, a la transformación de la economía y del nivel de vida de una región y de sus habitantes".

Un embriagante olor a vino envuelve la atmósfera fresca del antiguo salón que oficiaba de depósito de bordeles. Los pisos de adoquines de madera de quebracho y los muros que rematan en techos de caña, barro y cinc encierran en perfecto marco las piezas del museo, sutilmente iluminadas por varias lámparas colgantes a carburo. Silenciosos pasillos conducen a los antiguos toneles de roble de Nancy, alineados uno junto al otro de donde seguramente emana el exquisito aroma del vino, que se conserva y añeja por años.

Un antiguo lagar de cuero de buey es lo que primero, sin duda, llama la atención del visitante. Sostenido por varias estacas clavadas en el suelo, conser-

jada con un volante a mano, habrá obtenido con seguridad algún buen vino tinto, grueso, como los que caracterizaba los de esa época. "Desde el punto de vista económico — señala el doctor Reina Rutini — carece de objeto pensar en un valor que esté por encima de lo que significa este homenaje al pionero, a su labor y su tesón que no puede medirse con moneda venal, sino más bien con valores de orden moral".

Máquinas que se utilizaban accionadas a mano como bombas, filtros, moladoras, se ubican en la entrada en tanto que un lugar importante lo conforman las piezas vinculadas con la tonelería: herramientas y bancos de trabajo contribuían a fines y principios de siglo al mantenimiento de los toneles, los que junto con las cubas eran elementos fundamentales en una bodega y por lo tanto también su reparación y conservación.

En un rincón del museo hay un enorme pañol de cobre trabajado a mano de un metro de diámetro, que se utilizaba en la época colonial para elaborar el arrope o concentrado de jugo de uvas, antecesor, podrá decirse, del concentrador de mostos. Las bombas para trasegar vinos, con sus volantes manuales, llaman la atención por el

Antigua foto que muestra el patio del actual museo, en la época en que aún se usaban carros, tirados por caballos, para el transporte de la uva.



de la piedra pómez que servía de destiladora para el agua, montada en una estructura de madera y con un botijón debajo, a moldes para fundir velas, antiguas petacas de cuero crudo y hasta un arcón de chapa de hierro que tiene

pegado en su interior un ejemplar del diario "El Constitucional" de Mendoza, de diciembre de 1873, que habla de malones y guerras en Entre Ríos.

El espíritu religioso del coleccionista trasciende en algunas piezas de imagine-

través de espuelas, antiguos aperos, lazos, cinchas tejidas de cuero y botas de potro usadas por los campesinos. Estribos "ca-bezas de chanchito" o "capacho" que utilizaban los carreros que transportaban las uvas testimonian una

Rutini — era toda una autoridad y muy respetado; elegante en su vestir, llevaba siempre consigo algún elemento de plata que lo distinguía". El último capataz de carros de la Bodega La Rural fue don Loreto Aguilera. Una fotogra-

de que éste no se pierda ni se detenga sino que se acreciente con el tiempo, ya que de esta manera estaremos demostrando a quienes lo ignoran, la nobleza de la actividad que cimentaron nuestros antecesores.

